

Las propiedades raíces amenazadas por los repartos, siguieron pasando a manos de los ciudadanos de Estados Unidos. Murió el Embajador Morrow y en las calles de no pocas ciudades se le esculpieron placas.

No conforme Calles con la realidad de su mando, quiso darse el gusto de echar abajo al Presidente que él había encumbrado. Apoyado por el Ministro de la Guerra, se presentó en Chapultepec y exigió la renuncia de Ortiz Rubio. Vaciló éste y renunció formulando una acusación contra Calles. Lo embarcaron en ferrocarril con rumbo a los Estados Unidos, y antes de cruzar la frontera ya se había desdicho de su protesta a la vez que formulaba elogios a Calles.

La Cámara de Diputados, dominada del todo por Calles, eligió Presidente interino por unanimidad de votos, a un sujeto desconocido de la nación, el general Abelardo Rodríguez, socio de Calles en la explotación de los garitos y centros de vicio de la frontera de la Baja California. El nuevo Presidente se había criado en Arizona, en territorio yankee; sus únicas letras eran dos o tres cursos primarios, en escuela de los Estados Unidos, por lo que hablaba el inglés mejor que el español. Esta circunstancia y sus relaciones con los explotadores norteamericanos de los juegos de la Baja California, le valieron el sobrenombre del Pocho, o sea el americanizado, el bastardo. El pensamiento de Poinsett quedaba cumplido con exceso. Un México-americano era Presidente. Y no por cierto un México-americano ilustrado, sino un producto híbrido de la frontera inculta y bárbara.

El país, envilecido hasta la médula, no tuvo una sola protesta por la exaltación de individuo semejante. Al contrario, la prensa más seria, los hombres de negocios, la plebe de saco, empezó a murmurar que "era muy buen Presidente Abelardo porque traía a la administración métodos norteamericanos". De Norteamérica no conocía el Interino callista, sino las ruletas fronterizas y acaso la jerga de la novena de baseball, pues se hacía circular un viejo retrato en que el nuevo Presidente aparecía de joven, incorporado a un team norteamericano de profesionales de la pelota. Había llegado a ser, sin embargo, el baseballista, uno de los hombres más ricos del país. Ostentando

la fortuna adquirida, en su administración de la Baja California y en diversas comisiones del ejército, el Pelele número tres compró edificios en la capital de la República, construyó hoteles de lujo como el de Tehuacán y desarrolló, en fin, cuantiosos negocios de índole privada, a ciencia y paciencia de una opinión que nunca le regateó el elogio. A fin de no comprometer más la circulación del presente libro, hacemos aquí un alto en el relato de nuestra triste y dolorosa historia patria que mueve a la lamentación, ya que hemos perdido la fuerza necesaria para alzar la mano en la actitud viril del castigo.

DE LA PRESIDENCIA DE RODRIGUEZ



Los últimos meses del Gobierno de Rodríguez, se caracterizaron por el afán de lucro y de negocio que dominó las actividades del alto mundo oficial. Dominó entre ellos el tipo del revolucionario de origen más humilde, que mediante malas artes de todo género, había aprovechado la Revolución para enriquecerse más allá de sus propias ambiciones. Un dejo de remordimiento por el contrasentido manifiesto de la posición que ocupaban como revolucionarios que hacían ostentación de sus millones de pesos, les llevaba a un sentimentalismo que podría haber sido cómico si no hubiese producido resultados trágicos: cada vez que hablaban de sí mismos y de sus éxitos pecuniarios, sacaban el pañuelo para enjugar una lágrima derramada en honor de los humildes, por los cuales aseguraban sentir una inmensa ternura.

Pero como no eran ricos que debieran su fortuna a la capacidad de los negocios, a la tenacidad en su labor, sino a las más desvergonzadas truculencias de la Revolución, resultó que ni siquiera pudieron encauzar al país por los caminos del trabajo del campo o del taller, que aumentan la riqueza social en un proceso de rehabilitación económica, sino que invertían y gastaban su dinero en la forma en que lo habían adquirido. En la capital de la República, el "abelardismo" creó una sola institución próspera: el llamado "Foreign Club", mezcla de garito, lenocinio y hotel de lujo. En las salas de este establecimiento, se reunían los grandes del momento, para resolver las más graves cuestiones de Gobierno. Sin darse cuenta de la ironía farrisaica de sus temperamentos de típicos gangsters de la política, fué desde el "Foreign Club" donde se expidió un decreto que

la historia oficial señala como la obra cumbre del insignificante Abelardo: la fijación del salario mínimo a \$ 6.00 diarios, pero pesos de la marca callista, que apenas equivalían a los 2 dólares de la valuación anterior y que, por lo demás, se quedaron escritos en la Ley, porque la población del campo siguió abandonada a su miseria, que no pasa de la ración de frijol y maíz, insuficiente para mantener alerta la voluntad.

Y como ocurre en un país tradicionalmente tiranizado, la imitación de lo que se hace en la capital cunde por todo el territorio. Los hoteles-garito se multiplicaron por Cuernavaca, la residencia del Jefe Máximo y del Procónsul Morrow, y por la provincia de la Baja California, que dió origen a la fortuna y a la fama del Presidente hombre de negocios, elogiado por la burguesía capitalista, y no por eso condenado por ninguno de los famosos sindicatos izquierdistas y aun comunistas que jamás se atrevieron a distanciarse del más afortunado de los peleles que puso en la Presidencia el Máximo.

Toda la canalla de profesionistas e intelectualitos que viven de las funciones públicas, se mostraba entusiasmada de que un hombre de negocios dirigiese e impulsase la Revolución. Negocios propiamente dichos, es decir, la inversión honesta de una cantidad en industrias, transacciones legítimas para ganar dinero, nunca los había hecho el flamante pelele. Sus famosos negocios habían consistido en cobrar tributos a los garitos, en calidad de Gobernador y tiranuelo provincial. Ahora en la Presidencia, su genio mercantil se demostró mediante la creación de monopolios de aguas minerales que para aumentar sus ventas se aprovechaba del poder político, impidiendo que los competidores llevasen su producto al mercado. Otro monopolio, el del vino, llegó a importar millones, mediante la venta de productos de una química sospechosa pero que fué desalojando a los importadores de vino europeo, gracias a la prohibición de introducir el vino por barrica, según se había acostumbrado en los últimos cuatro siglos. Los precios del vino europeo, que sólo puede llegar embotellado de origen, subieron desproporcionadamente y nuestra pobre gente ha tenido que dedicarse al mezcal, antes que consumir los supuestos vinos de uva del país.

Otro monopolio, el del pescado, surte al Sur de los Estados Unidos, con productos congelados y enlatados que también se venden en México, a precios altos y por supuesto, la explotación francamente capitalista, se disimula con la existencia de cooperativas de pescadores, que no son sino empleados del monopolio pero que a título de cooperativas reciben concesiones y protección del Estado.

Más tarde, el negocio fracasó y entonces fué entregado a los trabajadores de las cooperativas. El negocio, principalmente el del camarón, se había vuelto incosteable debido a una explotación rapaz. Así quedaron totalmente extinguidos los criaderos de ostión en Guaymas, al grado de que hoy en día no hay ostiones ni para el consumo local. Otro tanto sucede con el camarón. Las cooperativas que pretenden explotarlo están en quiebra y constituyen un serio problema para la economía oficial que año por año, tiene que tomar medidas para evitar la miseria entre los pescadores.

El revolucionario convertido en negociante, es el personaje y el modelo de la época. Tal y como inmediatamente después y ya bajo el cardenismo, surge el tipo de neolatifundista, el hacendado funcionario que crea ejidos a costa de los particulares y para sus propias fincas aprovecha incluso los viveros oficiales y las partidas del presupuesto destinadas al fomento agrícola. Los jefes de sindicatos obreros, que se proclaman representantes exclusivos del trabajador, no se quedan atrás; todos ellos acumulan fortunas derivadas de cuotas sindicales sobre las que nunca se rinden cuentas, o de componendas con las empresas, a través de huelgas oportunamente manejadas.

No se ensañó el Gobierno de entonces, en contra de sus enemigos, pero dejó hacer a las bandas que en Tabasco mantenía Garrido dedicadas al asesinato político, y permitió que se fueran creando en distintas zonas del país, cacicazgos dedicados a la explotación sistemática de los recursos públicos y del trabajo ajeno.

Tras del telón seguía ocupándose de los asuntos más importantes del Estado, el Jefe Máximo del Ejército, Plutarco Elias Calles.

El período de Rodríguez, destinado a terminar el de Ortiz Rubio, tenía que ser corto; la preocupación del Máximo, se concentró en la elección del sucesor de Rodríguez. Al mismo tiempo comenzaron las intrigas entre los grupos del Ejército. El más notorio de los militares dedicados por entonces a la política, era el Gral. Pérez Treviño, el mismo que exterminó a los vasconcelistas de Coahuila. Plutarco le desconfiaba porque tenía alguna cultura. El sistema dictatorial, exige que el sucesor sea más inculto que el jefe que lo nombra. Otro candidato visible era Garrido, el tiranuelo sanguinario de Tabasco. Calles comprendió que si éste llegaba al poder, ni él mismo se hallaría seguro. Muy próximo a Calles, estaba uno cuya fidelidad era ardiente y no había dado motivos de sospecha durante largos años; el Gral. Lázaro Cárdenas; el antiguo desertor del villismo, que se había entregado en poder de Calles con todas las fuerzas a sus órdenes, desde que Calles era un oscuro jefecillo, subordinado de Obregón y de Carranza, por la frontera de Arizona.

Durante largos años, este mismo Cárdenas manejó en favor de Calles el feudo de Michoacán, de donde pasó a ocupar el puesto de Presidente del Partido oficial. Bajo la Administración de Ortiz Rubio, el Gral. Amaro había actuado como Jefe efectivo del Ejército. Lleno de ambición personal, se asegura que Amaro aconsejó a Ortiz Rubio, que resistiese a Calles, que no le entregase la renuncia a la Presidencia que le fué exigida. Había un partido a favor de Amaro para llevarlo a la Presidencia al terminar el período de Ortiz Rubio. La caída de éste, determinó el desplazamiento de Amaro, pero Cárdenas no llegó al poder por presión del Ejército. Nunca tuvo Cárdenas prestigio de militar. Si hubiera tenido prestigio de Jefe, el Máximo no lo deja llegar. Su insignificancia le ayudó a ganar el primer puesto, y el hecho de que se proclamaba "hijo espiritual" del Máximo. El propio Calles llegó a decir: "Este es más hijo mío que los de mi carne".

## EL CARDENISMO



El Máximo había llegado a la plenitud del poder. Hacia y deshacía Presidentes, y para sustituir a Rodríguez, dejó que su camarilla jugase a la designación del candidato. El propio hijo del Máximo, fué factor para que se escogiese al Gral. Lázaro Cárdenas, cuyo sólo mérito era la lealtad incondicional a la persona del gobernante de hecho. Como de costumbre, toda la maquinaria oficial se apresuró a poner en acción al partido del Gobierno, para simular una campaña electoral pagada por la propia Administración. La intervención directa de las logias masónicas fué el rasgo singular de esta campaña política. La mayor parte de ellas se hallaba en quiebra económica, los hermanos ya no pagaban cuotas, pero el tesoro federal inyectó sus cajas.

Los puntos principales del programa cardenista, fueron: lealtad sin reservas a la persona del Gral. Calles. "Más que mis propios hijos, mis hijos por la sangre, es hijo mío Lázaro Cárdenas, por el espíritu", había dicho el Máximo, y esto selló su elección. Por su parte, Cárdenas llamaba al Máximo: "padre y maestro". El segundo punto del programa fué la demagogia que provocaba huelgas para ganar a los obreros que se mostraban desconfiados del régimen. En materia agraria la multiplicación del Ejido y los ensayos de colectivización que acababa de importar de Rusia el licenciado Vicente Lombardo Toledano se aprovecharon para arrebatar a Morones la dirección del sindicalismo obrero gubernamental. Pronto y por simple ardid demagógico, el programa social cardenista derivó hacia el comunismo. Sólo de nombre, porque el propio Cárdenas comenzó a adquirir fincas valiosísimas. Y lo mismo hicieron sus principales colaboradores. Entre ellos Garrido, el de Tabasco,

que al llegar a Costa Rica dos años después, como refugiado voluntario, hizo depósitos por medio millón de dólares, aparte de lo que ya guardaba en Bancos de Nueva Orleans.

El bolchevismo en la agricultura se desenvolvió bien pronto, a costa de los algodonereros de la Laguna y de los henequeneros de Yucatán.

El propio Cárdenas ocupó los púlpitos de las iglesias del Bajío, para recitar sus sermones laicos y anticlericales que le preparaban sus leguleyos, y Garrido hizo escándalo nacional cuando aplicando los métodos que había seguido en su provincia mató a balazos docenas de católicos que salían de misa un domingo en Coyoacán. Este ataque a mansalva, fué el estreno de unas guardias dependientes de la Secretaría de Agricultura, llamadas de "los camisas rojas", que se dedicaron a cerrar iglesias y quemar santos por todo el territorio nacional, pero muy especialmente en la tierra del maestro de Cárdenas, el Estado de Sonora. El propio hijo de Calles, fué jefe de los "camisas rojas" en aquella apartada región.

En demostración de su absoluta lealtad, el hijo mayor del Gral. Calles, don Rodolfo Elías Calles, había sido nombrado miembro del Gabinete, lo que sentó un precedente de servilismo que no tiene antecedentes en nuestra historia, ya bastante experimentada en estas materias.

La campaña electoral, si así puede llamarse, que precedió al ascenso de Cárdenas, había resultado fría. Los mismos obreros se rehusaban a cooperar, y el candidato que se le opuso, el Gral. Antonio Villarreal, no obstante que superaba a Cárdenas, por sus antecedentes revolucionarios, por su capacidad, por su experiencia y hombría de bien, apenas si pudo recorrer el país, amenazado en cada mitin por las porras oficiales, que ya desde la campaña vasconcelista se habían adiestrado en las artes del asesinato de los opositores y el fraude en los cómputos. Quedó, por supuesto, un sedimento de antipatía para el nuevo Gobierno, que los católicos, levantados en armas en forma esporádica, creyeron poder aprovechar. En el extranjero, los restos del vasconcelismo y los demás grupos derrotados, hicieron intentos para unificar la oposición en contra de los nuevos

usurpadores, pero estos esfuerzos se malograron a causa de que buena parte del grupo católico prefirió al Gral. Cedillo como su Jefe, en vez del Lic. Vasconcelos, que seguía ostentando la bandera de la legalidad electoral conquistada en la campaña de 1929.

Un historiador norteamericano muy distinguido, el Dr. Sthephan Godespeed, ha dividido el período cardenista en dos etapas: a la primera la llama "de continuación del Pelelismo", o sea, que estuvo subordinada, más que nunca, a la voluntad omnimoda del Máximo Calles, y la segunda etapa, que es la propiamente cardenista, en la cual se adoptaron posiciones tendientes a la pacificación en materia religiosa y a la cordialidad en lo político al decretarse la amnistía de todos los que fueron opositores al Gobierno de Calles.

¿A qué se debió el cambio súbito que dió término al pelelismo con la expulsión de Calles y del propio Garrido y dió origen a un cambio radical en la política religiosa, sin cambio de personas, que de la noche a la mañana pasaron de la intransigencia sanguinaria a la tolerancia civilizada?

Para entender el inicio de la segunda etapa del cardenismo, probablemente no hay dato más seguro que la lectura de las Memorias del Embajador de Norteamérica, el Sr. Josephus Daniels, recientemente publicadas. Así como Morrow había sido el padrino del intento de penetración protestante operado al principio de la guerra contra los cristeros, al Embajador Daniels, hombre bondadoso, tocó la misión de poner término al conflicto del Gobierno revolucionario con el catolicismo nacional. Los Estados Unidos se preparaban para la segunda guerra y la situación de intranquilidad y de caos en México, les ocasionaba irritación. La presión del Clero católico norteamericano a favor del perseguido Clero católico de México, era un obstáculo para la unidad de acción interior que Roosevelt organizaba de acuerdo con su propósito largamente premeditado, de intervenir en el conflicto europeo con el propósito de aplastar a Alemania.

Los propósitos de Roosevelt se pusieron de manifiesto cuando llegó a los prelaos mexicanos refugiados en los Estados Uni-

dos, orden expresa de Roma, en el sentido de que se abstuvieran de seguir apoyando las rebeliones en germen —la de los vasconcelistas y la de Cedillo—, y se pusieran a las órdenes del Cardenal Delegado en Washington, que sería en lo de adelante el director de la política de la Iglesia mexicana.

De pronto y para sorpresa a los no enterados de los resortes secretos que han movido las Administraciones recientes, ocurrió un incidente casi chusco: Calles, el "hombre fuerte" de la prensa norteamericana, el Jefe Máximo de los falsificadores de la Revolución nacional, el padre y maestro de Cárdenas, después de una celada en que se le hizo aparecer como traidor a la causa obrera, fué capturado por un coronel y un capitán, con las atenciones debidas a una dama, y lanzado en un avión hasta su destierro, en California, de los Estados Unidos.

Entre otras cosas, sucedía que los Estados Unidos cambiaban su antigua política de sostener en Hispanoamérica al "hombre fuerte", al Caudillo inhumano pero eficaz, por otra más favorable en realidad a sus intereses, que consisten en fortalecer el predominio de pandillas que a través de partidos con máscara democrática, sirven sin mayor responsabilidad a los mismos intereses que patrocinaban los Caudillos.

El partido oficial sería, en lo de adelante, el responsable de la política interna y más particularmente, de la política exterior de la nación.

Con estos antecedentes, es fácil entender el párrafo a que acabamos de referirnos y que aparece en las primeras páginas de las Memorias de Daniels y cuenta, con la despreocupación de un relato de viaje sin importancia, la charla que tuvo en su primera visita, de regreso de unas vacaciones en Washington, con el Presidente Lázaro Cárdenas, recién desligado del destronado Calles y aclamado por la borregada nacional como el "pastor" definitivo, el héroe comparable a Morelos porque nos estaba dando la segunda independencia, la independencia económica.

El relato de Daniels, dice más o menos lo que sigue: "Aproveché mi primera visita al Presidente, para manifestarle la mala impresión que me había causado al desembarcar en Veracruz,

observar que todas las iglesias estaban cerradas. Esto si viera usted, señor Presidente, le dije, causa muy mal efecto a los extranjeros que pasan por el Puerto y añadió: ¿Qué no cree usted, señor Presidente, que ya es tiempo de dar por terminado este conflicto religioso, haciendo entrega de las iglesias a los sacerdotes y abriéndolas al culto?". A los ocho días se abrieron los templos de todo el país, con beneplácito de la población que empezó a alabar el espíritu tolerante de Cárdenas.

### *CAMBIOS EN LA ENSEÑANZA*

El escándalo del período pelele del régimen cardenista, fué el establecimiento de la coeducación en las escuelas primarias. La enseñanza sexual adoptó formas reprobables. Maestros hubo que pretendieron hacer demostraciones objetivas con las alumnas. En vano los padres de familia intentaban protestas; en seguida se les colgaba el San Benito de "reaccionarios".

La intervención de Daniels en ese sentido, también fué salvadora. El Ministro de Educación que Calles sostenía, Narciso Bassols, fué despedido y en su lugar, la segunda administración cardenista, nombró a un oscuro señor Vázquez Vela, que sin reformar una letra de la ley, de hecho la puso en desuso e introdujo métodos más conciliadores.

Hubo durante el cardenismo, aumento de las misiones culturales, pero sólo se utilizaron para difundir el socialismo sui géneris de sus consejeros y para activar la propaganda anticlerical y anticapitalista.

La expulsión de Calles se había justificado acusando a éste de enemigo de las huelgas, presentando en cambio a Cárdenas como campeón del proletariado; lo cierto es que la segunda etapa del cardenismo, convirtió la huelga en mejoría de los líderes que se vendían a las empresas. En general ya no se hablaba de imitar a Lenin; se aseguraba, al contrario, que la política del régimen era solamente un eco del "Nuevo Trato" rooseveltiano. Empezó por entonces, a correr la iniciativa de levantar a Roosevelt un monumento en vida, ya sea en Monterrey o en la capital de la República.

En el campo, el régimen cardenista, en vez de abrir nuevas tierras al cultivo, las hizo cambiar de dueño mediante expropiaciones que el Presidente, haciendo uso de la bárbara facultad que le concede la Constitución del 17, expropiaba a los enemigos y a los indiferentes para beneficiar a los correligionarios. Así surgieron nuevas fortunas, a la vez que se ensanchaba el Ejido. Con el pretexto de defender el Ejido, se organizaron guardias rurales con armas entregadas a los campesinos, que durante mucho tiempo fueron una suerte de ejército particular del nuevo "Jefe Máximo" de la Revolución.

La situación económica del país, por supuesto, empeoró considerablemente. El exceso de las emisiones de moneda, determinó una inflación sin precedentes. Para contener la quiebra, se procedió a devaluar el peso, que de 3.60 a que lo dejó el callismo, bajó a 4.85. El desastre se presentó otra vez al pueblo como una medida de alta finanza, que habría de despertar la iniciativa local y estimular el desarrollo de los negocios. El Ministro de Hacienda, don Eduardo Suárez, fomentaba publicaciones como las del Fondo de Cultura Económica, en las cuales se hacía la apología de la doctrina monetaria de Lord Keynes. O sea, depreciación de la libra esterlina para evitar pagarla con las reservas en oro, y en seguida, debilitamiento de todas las monedas del mundo, a fin de acaparar el oro existente fuera de Inglaterra, hasta que llegase el momento de levantar de nuevo el valor del oro y devolver la libra a su antigua equivalencia en oro.

Cierto que también el Tesoro americano, cooperando con la Banca Internacional, bajó el valor del dólar por decreto, pero cuidando de que el resultado final de la gran combinación, condujese el oro del mundo a los grandes depósitos de cemento armado que hoy lo guardan en los Estados Unidos.

Entre tanto, en México, la devaluación permitió al gobierno cardenista, disponer del papel-moneda para sus proyectos económicos descabellados, y benefició directamente a los que intervinieron en los cambios. La masa del país empobreció y el trabajador ordinario pronto resintió el engaño en carne viva porque si bien se decretaban aumentos de salarios, nunca correspondían estos aumentos a la pérdida del valor de la moneda. La

vida se encareció indefinidamente, pero las grandes empresas extranjeras, sobre todo las que controlan nuestra minería, aprovecharon la medida para pagar salarios aumentados pero de hecho inferiores a los antiguos. Sabido es que en la devaluación, el rico se hace más rico y el pobre más pobre.

### *EL PODER POLITICO*

El nuevo apoyo dado por Washington a través de Mr. Daniels, al Presidente Cárdenas, después de que expulsó a su maestro Calles, le allanó el camino para resolver a su favor todos sus problemas de orden político. El Congreso no cuenta en México; quien decide es el Ejército. Había en las filas de éste, numerosos descontentos. Algunos veían con envidia, que un jefe antes oscuro, de pronto se convirtiese, por medio de su traición al Máximo, en amo absoluto del país. Rival de esta índole era, por ejemplo, el Gral. Cedillo, que, inflado al principio por la torpe propaganda que a su favor hacían los descontentos católicos, acabó por refugiarse en una de sus más remotas propiedades, el rancho de Las Palomas, rodeado de un grupo insignificante de secuaces. Hasta allí lo persiguió la saña de quien necesitaba continuar la tradición que hace absoluto al Presidente de la República. Congregado lo mejor del Ejército por el rumbo de San Luis Potosí, el propio Cárdenas se puso al frente de los trenes militares y los regimientos que se lanzaron a la captura de Cedillo, protegido por no más de quinientos hombres. Dirigió el asalto, captura y fusilamiento del aspirante a Caudillo nacional, uno que más tarde había de servir también de verdugo para acabar con las aspiraciones presidenciales del Gral. Almazán y que, pese a toda esta mala fama, o quizá por ella misma, tuvo la audacia de presentarse candidato presidencial. Una hermana de Cedillo fué también capturada, torturada y asesinada por las tropas, con lo que una vez más, el terror aseguró la paz.

Las directivas del partido titulado "Regenerador", que era el vocero de la agitación vasconcelista, fueron encarceladas. Tan sólo en la capital fueron aprehendidos, sin orden de Juez competente, el Ing. Méndez Rivas, don Miguel de la C. Escamilla,

Andrés Pedrero, don Alfonso Taracena el ilustre periodista, el Sr. De Ollervides y otros. Rebeldes sueltos que seguían en las filas vasconcelistas, cayeron en emboscadas, como el propio Gral. Rocha, sorprendido y ejecutado en una casa por la Villa de Guadalupe, a donde había buscado refugio para curarse de unas heridas, y ya no se volvió a hablar de los derechos del pueblo, aplastados en las elecciones del 29.

### LO DEL PETROLEO

El descubrimiento consumado por la compañía inglesa "El Aguila", de mantos de petróleo muy considerables en la región de Poza Rica, engendró oleadas de optimismo en las fuentes oficiales. El Ing. Pani, todavía consejero en asuntos de finanzas, publicó cifras y elogió la iniciativa inglesa que de esta manera contribuía al incremento de la riqueza nacional. El Gobierno del Gral. Cárdenas prometió su apoyo a las nuevas exploraciones, asegurando que México entraba a una nueva etapa industrial gracias a los descubrimientos ingleses que tendrían toda clase de protección. El Embajador Mr. Daniels no dijo nada. En los Estados Unidos había comenzado ya una campaña para la americanización de todo el petróleo del Nuevo Mundo. "Los yacimientos petrolíferos de todo el Continente americano, había dicho una revista especializada, deben considerarse como reserva de la Marina de los Estados Unidos". A su vez, el petróleo del Irán, el Mesoriente y Rusia, debería quedar subordinado a la influencia británica. Este deslinde de jurisdicciones, no fué seguramente muy del agrado de la Cancillería británica, que en vísperas de la segunda acometida que preparaba contra Alemania, no se resignaba a tener que aceptar en calidad de socio, con iguales derechos, al gran país norteamericano.

Era evidente que los Estados Unidos, antes de decidirse a cooperar con Inglaterra en su cruzada contra Alemania, estaban tomando precauciones para aprovechar su participación en el conflicto, en todas sus potencialidades.

Enhorabuena que México, para consumo de su política interna, jugase a la soberanía en materia de poca monta, pero eso

de patrocinar el petróleo inglés que ya representaba el 60% de los yacimientos mexicanos, en contra de los petroleros norteamericanos que se hallaban en minoría, no podía ser tolerado.

Pronto el panorama sonriente de nuestra explotación petrolera, comenzó a ensombrecerse. Una serie de huelgas comenzó a entorpecer la actividad de las compañías inglesas. En Washington, los agentes pro-comunistas del "New Deal", comenzaron a ofrecer apoyo a los huelguistas mexicanos tan injustamente explotados por el capitalismo inglés y por los intereses petroleros mundiales. Oficialmente, el Departamento de Estado guardaba silencio; no podía manifestarse en contra de los ingleses cuando se estaba preparando una alianza de guerra con el Gobierno de los dueños de las compañías.

Pero la agitación creció. Fueron y volvieron enviados de México a Washington y de Washington a New York y regreso a nuestra capital. Se hizo saber a las compañías norteamericanas, que tendrían que ser sacrificadas, por lo menos teóricamente. No era posible confiscar a los ingleses sin hacer correr suerte parecida a las empresas petroleras yanquis.

El texto del Decreto que nacionalizaría el petróleo mediante una indemnización que acallara la protesta de las compañías, fué, como siempre, discutido en New York antes de que se publicara en México. Llegó por fin el día espectacular, un 18 de marzo de 1938, en el cual se anunció, en forma dramática, que el Presidente de México desafiaba al capitalismo mundial, decretando que el petróleo, en lo de adelante, pertenecería a la nación, de acuerdo, por otra parte, con alguno de los postulados de la Constitución Política del país.

La prensa, hábilmente movida, enardeció el espíritu público, que comenzó a ser enseñado a ver en aquel gesto, la segunda declaración de nuestra independencia.

Lo curioso es que así como nuestra guerra contra España, fué tan bien recibida por la opinión de Norteamérica, también la expropiación petrolera recibió el aplauso inmediato del Presidente Roosevelt, que en vez de protestar por la confiscación de bienes de sus nacionales, presentó sus parabienes al Presidente Cárdenas, saludándolo como "libertador de la oprimida economía mexicana".

*LA POLITICA EXTERIOR CARDENISTA*

Cuando ciertas veleidades orales de tipo bolchevique, atrajeron sobre Cárdenas el cargo de anti-imperialista, éste se apresuró a rectificar: "¿Díganme cuándo he dicho o he hecho algo que me pueda caracterizar como enemigo de los Estados Unidos?". En efecto, nunca lo fué su Administración; nunca hubo corrientes más estrechamente unidas que la demagogia cardenista y el Nuevo Trato rooseveltiano. Prueba de ello se vió cuando el fracaso de la República española. Abandonada ésta por los ingleses en la hora de la dificultad, fueron los Estados Unidos los que acudieron al salvamento. Asumiendo la representación del Continente, los Estados Unidos repartieron a los emigrados españoles por la Argentina y Venezuela, por Santo Domingo y por México. En la selección de la partida que tocó a México, intervino el Ministro cardenista Bassols para garantizar la preferencia a los que se declaraban marxistas convencidos.

A pesar de eso, entre los que vinieron a México hubo muchos refugiados de alto valer intelectual y moral. Ejercieron buena influencia en nuestras universidades y en su mayoría se sumaron con facilidad a la vida del país.

No puede decirse lo mismo del grupo de los dirigentes que comenzó a intervenir en la política local mediante el empleo de los fuertes tesoros que condujo el famoso yate "Vita". Nunca se ha publicado la forma en que se operó el reparto de estas riquezas, y lo peor es que este yerro ya viejo, ha seguido siendo el obstáculo para que se reanuden las relaciones diplomáticas con la Madre Patria. Es a la fecha México, junto con Rusia que también dispuso de un enorme tesoro en monedas de oro, el único país que no mantiene relaciones normales con el Estado español.

## **EL CISMA PERMANENTE**



Un examen de tipo analítico de nuestro ser nacional, revela que somos un pueblo dividido no sólo en lo colectivo, también en el corazón de cada mexicano. -El panorama nacional, desde sus orígenes hasta fechas recientes, descubre la permanencia de procesos negativos o francamente opuestos como no se encuentra igual en países de desarrollo normal. El factor permanente de nuestro acontecer, es el cisma, ha dicho el brasileño Viane Moog. El conflicto insoluble perdura y se renueva.

Desde el comienzo, los factores de nuestra composición racial luchan entre sí en vez de fundirse. Las oposiciones que han estorbado nuestra integración, son tan radicales que rara vez han dado origen a soluciones favorables a la síntesis.

Constantemente hemos sido víctimas de una dialéctica que escapa a la síntesis y recae en posiciones que hacen imposible la realización de algún propósito común.

A los conflictos originales se han añadido periódicamente nuevos motivos de discordia y las treguas en la lucha no han producido etapas de paz fecunda, sino simples recesos de fatiga en que la tensión subsiste y las hostilidades se aplazan.

México nace de uno de los contrastes más profundos de la historia. El encuentro de la gran civilización hispano-cristiana, con tribus indígenas desunidas y decadentes, marca la primer gran prueba del poder transformador que se contiene en la doctrina cristiana; los comienzos fueron arduos. No se puede hablar, en nuestro caso, de lucha de culturas. Aunque con lentitud, la civilización cristiana española fué conquistando el alma indígena que pronto se adaptó a las instituciones importadas.

Las costumbres indígenas cedieron al impacto de la conquista, sin oponer otra resistencia que la muy grave de la pasividad.

En el mestizo hispano-indígena, pervive el sentimiento materno que es nativo, pero se impone la voluntad del padre dominador. Subsiste latente el conflicto de lo nuevo que llega de Europa y el ambiente autóctono rebelde. El mestizo quisiera olvidar lo indígena; prueba de ello es la sinceridad con que se convierte al catolicismo: reconoce la superioridad de lo cristiano, pero el milagro del cambio brusco radical, sólo se opera en su espíritu. La realidad ofrece resistencias que es largo y penoso vencer. Aun cuando se dé cuenta de que las formas nuevas le ofrecen mejoría en todos sentidos, el abandono de lo que forma la mitad de sí mismo, supone desgarramientos necesariamente dolorosos. El mestizo vive su conflicto prolongado y en superarlo gasta energías que retrasan su definitiva conversión a lo europeo.

Por su parte, los indígenas, pasado el asombro de lo ocurrido, deben haber experimentado desconcierto y desolación.

La Encomienda les impuso una disciplina dura pero fecunda. El ímpetu constructor de los europeos, acabó por contagiarlos, según lo prueba el concurso eficaz que prestaron al desarrollo de la minería y la agricultura, así como al esplendor de las artes durante todo el coloniaje.

La Colonia se empeñó en la conquista de una síntesis. Hubo desgarramiento interno pero atenuado porque la situación general mejoraba. Se ha hablado mucho de "raza sojuzgada", pero ninguno de los pueblos indígenas disfrutaba de libertades antes de la llegada de los españoles y es evidente que por lo menos para una minoría activa hubo superación que llevó al indígena a convertirse en obrero manual y en sacerdote y dueño de la tierra en sus comunidades. Los romanos, amos del mundo, se convierten al cristianismo, sin perder su soberanía nacional. Para el indio, la conversión significa, por lo pronto, una nueva sumisión pero preñada de esperanza. La conversión opera por la persuasión, que la hace fecunda y borra la melancolía de todo estado anterior.

La nueva religión, desde un principio, fué factor de síntesis y sigue siéndolo.

Pero la condiciones en que el cristianismo se desarrolló entre nosotros, fueron diferentes de las que halló en Europa. Aquí no sólo el indígena, también el europeo se sintió desgarrado. Ello se debió a la situación geográfica sin precedentes. Por primera vez el hombre iba a repartir su acción en continentes distantes.

El conquistador, el emigrante y aun el propio Misionero, son hombres que han tenido que violentar su sensibilidad para separarse de su mundo familiar y adaptarse a territorio radicalmente diferente. Los sacrificios y dolores de proceso tan singular, dejan huella que no se borra. Durante siglos y todavía en el período de la emigración europea al Nuevo Mundo, quienes venían, acababan de separarse de sus padres y hermanos; a veces aún de los propios hijos. Cada quien sabía que la ausencia de sus lares tendría que prolongarse. El retorno era costoso y accidentado. Por ley natural, el emigrado se mezclaba con la población y creaba afectos nuevos. Si le sonreía el éxito, al final de muchos años, ya le era difícil prescindir de los intereses y las relaciones que aquí había formado. Pensar en reintegrarse a la patria de origen, le era cada vez más difícil. Regresaba a veces, pero dejando en el Nuevo Mundo, otra vez, una familia de su propia sangre y para hallar que en el Viejo Mundo también las circunstancias y los afectos habían cambiado. El resultado era un constante desgarramiento y desacomodo de los afectos, y no se diga de las circunstancias.

Probablemente ninguna otra casta de la historia ha padecido durante tanto tiempo, semejante división del sentimiento.

Tanto el español de la Conquista como el bandeirante del Brasil, pasaron por un doble descastamiento. No acababan de acomodarse aquí y no podían volver allá sin sentirse también desajustados.

El dolor es fecundo, pero sólo para las naturalezas fuertes, al común de los hombres lo desintegra. El bandeirante, el colonizador, el emigrante que se decide a abandonar su ambiente propio en busca de mejoría, revela, con sólo hacerlo, dotes extraordinarias de carácter. La mujer del que se casa en la tierra nueva, es casi siempre superior a las demás de su nación, ya

que el conquistador es desde el principio más poderoso que el nativo y se lleva lo que le place.

En la antigüedad, el encuentro de dos culturas se resolvía en el triunfo implacable del más fuerte. Aquí la religión católica alentó los matrimonios que igualaban al vencedor con el vencido. La religión que dominó el movimiento, favoreció la igualdad racial y el amor como norma de convivencia. Culturas más altas que las aborígenes americanas, han claudicado en presencia del cristianismo. Mentira que los indios guardasen fidelidad a sus antiguos dioses. Los renegaron con prontitud y con justicia, y bien hicieron. Lo único que les inquietaba era la lentitud de su integración al orden nuevo. En la zona misma del arte, lo pagano es de consistencia efímera. Desde que aparece el cristianismo no hay más arte que el arte cristiano, y la propia cultura ya no merece ese nombre si no se asienta en raíz evangélica.

Prueba de ello es la arquitectura colonial hispanoamericana, tan superior a la regional, que nunca alcanzó a resolver siquiera el problema de la techumbre.

Los siglos del coloniaje produjeron de esta suerte la primera síntesis de nuestro desarrollo.

El indio sometido al influjo misionero, se incorpora a la nueva cultura, con la misma naturalidad con que el ibero o el celta abrazaron el cristianismo que los levantaba al nivel del romano. El indio halló en el catolicismo la ruta de su liberación, por eso lo acogió con fervor. Tan necio es hablar de una supuesta perduración del culto de los ídolos por debajo de los ritos de la religión europea, como suponer que los católicos franceses adoran en secreto las divinidades drúidicas. El indio cambió su alma radical y voluntariamente.

El cristianismo no es una cultura, sino Verbo que engendra cultura y penetra las almas y desaloja de ellas cualquier otro resabio de creencia o de superstición.

El que se ha hecho cristiano ya no podrá volver jamás al animismo primitivo, ni siquiera al taoísmo filosófico de China o el budismo de la India; mucho menos puede recaer en forma alguna de superstición. El católico puede caer en el ateísmo y

la duda, pero nunca en el faccionalismo religioso que repugna a su sentido de universalidad, es decir, de catolicidad.

Por el catolicismo, el mexicano se emancipa de sus orígenes indios, y puede mirar por encima de lo castellano y lo nativo, satisfecho de representar una variedad distinguida de la especie común humana.

A través del catolicismo se estaba resolviendo la antítesis emocional del mestizaje indo-español. La discriminación racial subsiste en los países creados por el protestantismo y nunca alcanzó entre nosotros caracteres de incompatibilidad fundamental.

Con el bautizo, cualquiera de los nuestros ingresa a la civilización de tipo latino, que es el patrimonio de todos los habitantes de la patria común.

La síntesis lograda por la obra misionera en el Nuevo Mundo que se pone de manifiesto en la obra de Humboldt sobre lo que fué la Nueva España en el Siglo XVIII, es notable no sólo porque de dos razas disímiles hizo una nueva que penetró para siempre en la cultura cristiana, sino porque para los propios españoles fué motivo de fusión y de unidad. En la Península y pese a la unidad de religión, subsistían las diferencias provinciales. Al llegar a América, el aragonés, el castellano, el vasco, desaparecían para actuar como españoles. Los idiomas nativos se olvidaron y en todo el Continente prevaleció únicamente el castellano. De suerte que, lo hispánico, como nacionalidad homogénea y organizada, sólo vino a producirse en realidad, en las tierras del Nuevo Mundo. Igual cosa ocurrió con los habitantes del Nuevo Mundo, que, antes de la Conquista, carecían por completo del sentido de nacionalidad, repartidos, como estaban, en tribus y dialectos incommunicables entre sí, cuando no separados radicalmente por el estado de guerra permanente.

### *LA GUERRA DE INDEPENDENCIA*

La guerra de Independencia, en sus comienzos, manifiesta lealtad a la Madre Patria. El rencor aparece más tarde y se acrecienta con la lucha.

En Buenos Aires y en Quito, los Cabildos toman a su car-

go la Administración, en tanto que en España se restablece el poder legítimo. Entre nosotros, Hidalgo protesta su lealtad a Fernando VII. En Chile, el Cabildo de Santiago —véase el libro de Héctor Sepúlveda Villanueva—: “al instituir la Junta de Gobierno con representación del Rey Cautivo, estimó que no abdicaba la plenitud de los derechos que entendía pertenecerle en su carácter de órgano jurídico de la República o comunidad. De igual manera que antaño los Reyes, al recibir el poder, quedaban sujetos a las prescripciones de las leyes divinas y humanas. El Cabildo consideraba que la Junta debía actuar dentro de las limitaciones que en el día de su instalación le puso el pueblo y subordinarse a aquellas prácticas que en los primeros tiempos de la colonización habían acatado los Gobernadores y que con el derrumbe del absolutismo volvían a cobrar vigencia”. Esta observación de Sepúlveda, es de la mayor importancia. El Régimen colonial fué dominado por instituciones libres, civilizadas, democráticas y genuinamente españolas, como el Municipio y las Audiencias. La tradición democrática la rompe Carlos III con la arbitraria expulsión de los Jesuitas y el nombramiento de los Intendentes que usurpan la autoridad del Municipio y dan comienzo al Régimen militarista que todavía padecemos en Hispanoamérica.

Si la emancipación no se hubiese visto estorbada precisamente por los Intendentes y los Capitanes Generales del absolutismo masónico de los Borbones, cooperador del Imperialismo británico que introdujo sus quintas columnas en nuestro suelo, la separación de las Colonias y la Metrópoli se habría realizado en la forma fecunda y civilizada que puso en obra en el Brasil.

Al Imperialismo enemigo de España, convenía provocar un choque violento. La torpeza del Régimen español del momento, contribuyó a desatar la guerra, que en seguida produjo los Caudillos y todas las calamidades que ellos representan.

Las campañas por la Independencia fueron más sangrientas en Venezuela o Colombia que en México, pero en el orden moral, nuestra ruptura con España fué más radical. Lo que reconocemos como iniciación de la Independencia, el Grito de Dolores, difícilmente encuentra paralelo en otra historia. El

Sur se independiza a base de acuerdos de Cabildos que reasumen la soberanía que disfrutamos durante la Colonia. Nosotros irrumpimos a la vida con un "grito", lo que es natural en biología, pero un tanto primitivo como acto social. El t .xto del grito no fué muy atinado. En vez de decir: ¡Viva Fernando VII y mueran los gachupines!, debió decir: ¡Muera el mal Gobierno de Fernando VII y viva España! y, en consecuencia, también los gachupines. Esto es lo que hizo el Brasil. No haber procedido en forma semejante, es una de las causas de que hayamos dejado de ser nosotros "el primer pueblo de la América Latina". Es claro que si la Casa Real de España se refugia en México, no se habría perdido ni la Luisiana, y los Estados Unidos no existirían, y el lindero de México estaría en Alaska. Pero un cisma nunca es fecundo, mucho menos aquel que nos divorcia de la madre.

En la figura de nuestros principales libertadores, hallamos la discordia como elemento irreductible. Bolívar, el más grande de todos pese a cierta teatralidad copiada de Napoleón, no es un hombre armónico sino un ser dividido. Su buena sangre española lo salvó de ciertos excesos y aseguró su retorno a la verdad. Pero desde el comienzo de su carrera, tuvo que sopor-tar la presencia de los enemigos de su casta, de su religión y de su lengua. Se dice que Sanín Cano, el gran liberal de Colombia, descubrió en los archivos del Almirantazgo británico, las constancias de que Bolívar recibió ayuda económica de los enemigos de su Patria española, para el objeto de hacer la guerra de emancipación. Es cierto que Washington también aceptó la ayuda de los franceses, que eran los enemigos tradicionales de su ascendencia británica; pero al momento del triunfo, Washington volvió a ser tan cabal caballero británico, por la lengua y la religión, que nadie puede acusarlo de renegado.

No así un Zavala, un Gómez Farías, que incorporados a las logias enemigas, se dedicaron a corromper los valores morales más altos de nuestra propia tradición nacional.

Bolívar vivió nuestra tragedia histórica con visión grande y lealtad atormentada. Prefirió caer antes de convertirse en otro Santander. Frases suyas imperecederas, muestran la pro-

fundidad de su convicción y de su desengaño, como cuando dice mirando a sus aliados de ocasión: "Los corsarios de tierra se han metido por fin entre nosotros". ¿Quién otro, que no fuese Bolívar, se acordaba entonces de que aquellos ingleses, amigos súbitos de nuestra independencia, eran los mismos piratas que no pudieron apoderarse de nuestros puertos porque nuestros antepasados tuvieron el puño duro para el castigo?

Finalmente y ya en la última etapa de su vida, Bolívar rompe con los falsos amigos, decreta la disolución de las logias y se ve calumniado y traicionado, pero al fin grande en todo, no perdura en el cisma, conquista la síntesis y muere reconciliado con su estirpe y con su religión.

Lo que vino inmediatamente después de la Independencia, no tuvo nombre; me refiero a las dos expulsiones de españoles, que llevaron el desgarramiento y el rencor al seno mismo de las mejores familias mexicanas. Los que tenían en sus manos la política y los negocios, la aristocracia toda del país, quedó entonces desecha bajo la mirada complacida de Poinsett, en tanto que ingleses y norteamericanos compraban los bienes que abandonaban los españoles. De esta suerte, Poinsett vió cumplido todo su programa: echó fuera a Iturbide, que era un necio pero representaba la fuerza de expansión propia de todo pueblo que acaba de independizarse con salud. En seguida, Poinsett marca el rumbo de una doctrina que intenta anular todos los beneficios de la Colonia, imponiéndonos como antecesor a Moctezuma en vez de Hernán Cortés.

El poinsetismo consuma, en consecuencia, el más hondo de los cismas que hasta entonces habíamos padecido y prepara las derrotas del 47 y la Reforma que había de consumir nuestra entrega moral al protestantismo de los Estados Unidos.

Apenas ahora se ve patente que nuestra integración en naciones seudo-independientes, fué provocada desde el exterior, con el resultado de que su carácter prematuro lo identificara con un aborto.

Cuanto España representaba: el catolicismo y la Contra-Reforma, el Régimen Municipal y la igualdad de las razas, el progreso náutico y geográfico, la unidad en la lengua y en la

fe; todo este primer gran fruto de universalidad imperial, se vió frustrado al quedar disperso en veinte naciones el inmenso poderío hispánico.

Pero subsistía la síntesis fundada en la unidad religiosa.

### *EL CISMA EN LO RELIGIOSO*

El segundo embate de los mismos intereses que forzaron nuestra Independencia, se consuma a mediados del siglo y tiene por objeto destruir la unidad moral de los pueblos que ya había dispersado la política. Lo que nosotros llamamos en México la guerra de Reforma, es un episodio de la vasta conspiración que en todo el Continente desarrolla la penetración protestante imperialista. Igual que en el movimiento de la Independencia, cada pueblo cree que actúa por cuenta propia a efecto de liberarse de "opresiones tradicionales"; lo cierto es que en distintas formas, cada una de nuestras nacionalidades resiente la invasión ideológica del Norte y reacciona según las circunstancias.

La historia oficial de cada uno de nuestros pueblos, repite que la guerra de emancipación de España, fué el resultado de tres siglos de opresión que un pueblo valiente acabó por sacudir. En realidad, la independencia hispanoamericana, en su conjunto, fué el epílogo de la derrota de España en su lucha con el Imperialismo británico.

La penetración del protestantismo en Hispanoamérica fué también una campaña dirigida desde el exterior, con el objeto de hacer definitiva la derrota política de España.

En México, donde triunfó la Reforma a costa de mucha sangre, se ha pretendido hacer de la Reforma juarista un movimiento complementario de la Independencia. En cierto sentido lo es, si se advierte que ya no es Inglaterra sino Estados Unidos quien toma la bandera de la Reforma para desplazar de la América Española los últimos vestigios de la Contra-Reforma de Felipe II. Los procedimientos son los mismos que se aplicaron en Europa. Las amortizaciones juaristas dejaron a los indios sin las tierras de comunidades que había creado y ga-

rantizado el Estado español, y los bienes confiscados a la Iglesia pasaron a manos, no de los que trabajaban la tierra, sino de capitalistas extranjeros, que distrayéndolos de los fines de beneficencia a que los dedicaba el Clero, los emplearon en la integración de una burguesía mercantil extranjera que se apoya en la dictadura porfirista y las demás dictaduras que le han seguido. El proceso es el mismo que describió Hillaire Belloc, a propósito de la descatoización de la Inglaterra de los Siglos XVIII y XIX. En forma amortiguada, lo que el Imperialismo protestante logró en México, se repite en las demás naciones hispánicas. Contemporáneos de Lerdo, de Juárez, de Gómez Farias, fueron en Venezuela el Dr. Peña, (Jefe de las Logias que destrozaron el prestigio de Bolívar al amparo del salvajismo de Páez) y el Caudillo ilustrado que fué Guzmán Blanco. Hizo éste la "Reforma"; saqueó el Tesoro y fué a recibir su premio de manos del Gran Oriente de París, ostentándose como un Nabab criollo de América.

Por los mismos años, del 50 al 60, la Reforma penetra en todo Centroamérica, sin que México tuviese que mandar para allá un solo soldado. En Chile también, después de los primeros Caudillos, se integra una Oligarquía poderosa. Los nombres judíos abundan en la nueva nobleza criolla, y según Héctor Sepúlveda, la administración de Alessandri consume la oposición del Estado a la Iglesia y la entrega del país al capitalismo norteamericano.

Ni siquiera Cuba, todavía española, pudo escapar a la "Reforma" de mediados del XIX. Las libertades inherentes a toda administración castiza, permitieron allá que nada menos que un Obispo, el Obispo Espejo, introdujera novedades que responden al plan general de la Reforma protestante. En resumen, la guerra de Reforma fué una operación también conjunta de parte de las logias de Francia y los Estados Unidos. Cuando Lincoln queda libre de sus responsabilidades en la guerra de secesión, lo primero que hace es salvar a Juárez y dejar a Maximiliano entregado a su propia suerte, garantizando así la supremacía de las logias de Norteamérica frente a las logias europeas.

Alguna de nuestras Universidades habrá de tomar a su

cargo el sostenimiento de un seminario, cuyos miembros se dediquen a las investigaciones necesarias para demostrar que lo que llamamos nosotros la Reforma, es lo mismo que el liberalismo de Santander en Bogotá, idéntico también a la reforma pedagógica que más tarde introduce Sarmiento en la Argentina, y así sucesivamente por todo el Continente. El escritor que unifique los datos de este movimiento, podrá titular su obra: "LA SEGUNDA ETAPA DEL CISMA HISPANOAMERICANO".

La derrota religiosa permite que el capitalismo anglosajón acabe de reemplazar a España en el dominio económico de todos estos territorios.

Las consecuencias morales se hallan a la vista: un nuevo cisma profundo separa las almas hispanoamericanas en dos bandos irreconciliables: Conservadores y Liberales. Ya ni el idioma, que perdura por inercia, logrará mantenerse como factor eficaz de síntesis.

### *EL MADERISMO*

El movimiento maderista pudo ser de trascendencia entre nosotros porque intentó una síntesis moral que hubiera liquidado el cisma religioso. El maderismo pretendió modificar las Leyes de Reforma. La modificación propuesta consistió en reconocer la existencia de conventos y asociaciones religiosas que funcionaban al margen de la Ley, o sea, acomodarnos a la verdad en vez de estar viviendo en la mentira, y al mismo tiempo, civilizar las leyes juaristas, otorgando a las personas morales de beneficencia, enseñanza, etc., el derecho de poseer y administrar bienes raíces. Lo único que logró el maderismo con este proyecto salvador, fué despertar el celo faccioso de los viejos liberales y alarmar a la Embajada Americana. Vino el carrancismo y nunca hubo facción más alejada que aquélla, de cualquier posibilidad de unión o de síntesis en cualquier posibilidad de conciliación y de síntesis.

Carranza, mediocre, semi-analfabeta, Senador perpetuo de la dictadura porfirista, nunca supo lo que era un programa, pero aprovechando su vanidad y su torpeza, las logias se apoderan

del movimiento para convertirlo en lo que no fué la Revolución de 1910, lo que no quiso ser el maderismo: una repetición de la guerra de Reforma. Los pensadores de México, un Antonio Caso, un Bulnes, un Rabasa, tenían ya superada y merecidamente desdeñada, la etapa reformista. Los mejores líderes de la Revolución, del tipo de Antonio Díaz Soto y Gama, expresamente habían condenado el juarismo porque sirvió de base para la integración de la Oligarquía liberal y capitalista que consolidó el porfirismo. Pero el carrancismo no entendió de razones: para ganarse apoyos en Washington, entregó la educación a los Sáenz y los Osuna, pastores protestantes mexicanos. Los más ineptos, los irresponsables, inventaron el enlace absurdo: "La Independencia, la Reforma, la Revolución". No la Revolución maderista, sino la carranclana, la que falta de doctrina miró al pasado y fabricó la trilogía absurda: Morelos, Juárez y Carranza. Más tarde esto lo han empeorado diciendo: Morelos, Juárez y Cárdenas. Consecuencia de estos casos de servilismo político es el fetichismo que hoy prevalece en torno a la Constitución del 17, que sigue siendo factor de división, por lo menos mientras mantenga la vigencia del Artículo 3o. y de la Ley de Juárez exagerada por el callismo.

El cisma sigue reinando, pero las transformaciones de Europa no han dejado de hacerse sentir en nuestra América. Imponiéndose a la resistencia de los actuales Caudillos, que sienten por instinto el peligro para sus intereses, un nuevo tipo de organización se abre paso y es esperanza para México y la América Hispana: la Democracia Social Cristiana de las Encíclicas y de los Partidos italiano y alemán de la post-guerra.

## LA DICTADURA PERSONAL COMO SISTEMA



El México grande creado por Hernán Cortés, con límites en las Hibueras, por el Sur, y más allá de la Alta California, por el Norte, quedó desde el comienzo bien organizado en forma institucional y democrática. El primer paso político de Cortés fué la organización del Ayuntamiento de Veracruz. Por su parte, la Corona desautorizó el poder personal de Cortés; se negó a otorgarle el nombramiento de Capitán General, limitándose a pagar sus servicios con títulos de nobleza, como el Marquesado del Valle de Oaxaca, y concesiones de tierras de repartimientos; pero el poder político en la Nueva España, fué encomendado a una institución que después funcionaría con autoridad civil y de justicia, por todos los reinos del Imperio, en Sudamérica y en Filipinas: la Audiencia.

Durante todo el período colonial, el poder de los virreyes tuvo dos límites: las facultades de carácter judicial y administrativo conferidas por la Ley a la Audiencia, y el poder municipal que se desarrolló en todas las posesiones de España, desde México y Guatemala, hasta el Perú y la Argentina.

El liberalismo empieza en la Nueva España, con un absolutismo, como el de Carlos III, que es francamente hostil a las libertades municipales, que mira con desconfianza a la Iglesia y que lentamente va convirtiendo a los Virreyes, de prudentes, desinteresados gobernantes que fueran con anterioridad, en tiranuelos que acabaron por ejercer las funciones del Capitán General. De suerte que el llamado "absolutismo ilustrado", de Carlos III, vino a cambiar el régimen democrático de las colonias, con un militarismo que por medio del Intendente destruyó

las libertades municipales, a la vez que transformaba el gobierno civil en gobierno militar.

El gobierno personal tomó caracteres todavía más acentuados al establecerse la Independencia. La era de los Generales, la inicia Iturbide, la continúa Santa Anna, la prolonga Porfirio Díaz y revive en la figura reaccionaria y obtusa de don Venustiano Carranza y los generales que fueron heredando sus sistemas de gobierno por el capricho y el abuso de la fuerza.

Iturbide, por lo menos, tuvo el sentido imperial del gobierno. Iturbide cayó porque no quiso prestarse a las maniobras de Poinsett. A su vez, Poinsett rompió con Iturbide cuando vio que la acción de éste se dirigía a mantener nuestra influencia en Centroamérica y a proteger la frontera del Norte.

Cierto que Iturbide no supo desarrollar las capacidades del estadista creador; su personalidad resultaba menguada para las posibilidades del momento, que hubieran permitido crear un ejército independiente, tan poderoso, por lo menos en extensión y en recursos, como el de la Nueva España de la Colonia.

Visión política no le faltó a Iturbide, y hoy se comprende a distancia, que sus enemigos estaban ya coludidos con la traición que había de entregar a México al Imperialismo norteamericano.

La Reforma, que es el resultado del movimiento de Ayutla y que nos llegó de Francia, pero nos entregó a los Estados Unidos, nada hizo por restaurar las libertades municipales; nada tampoco en favor de un civilismo como el que había encarnado la Audiencia. El caudillismo renovado se dedicó a fortalecer la doctrina del Gobierno personal, que practicó el porfirismo.

Luego, durante la Revolución, al caer traicionado Madero, el personalismo resurge encarnado en figuras como Carranza, que siempre vio triunfar lo contrario de lo que se proponía. Extraño destino el suyo, que siendo enemigo de Madero, los acontecimientos lo convierten en el vengador del Presidente Mártir; que habiéndose proclamado constitucionalista, en realidad gobierna fuera de la Constitución, en el Régimen que llamó "Preconstitucional" y reemplaza con otra la Constitución

que fué su bandera. Al discutirse la nueva Constitución, el proyecto de Carranza es hecha a un lado para introducir a la Constitución del 17, reformas como la agraria, la organización del trabajo y la intolerancia religiosa, contrarias todas a las convicciones del porfirista moderado que era el Primer Jefe. Aceptó cuanto no le pareció bien, a cambio del poder absoluto que se le ratificaba como Jefe de un Estado totalitario. Y todo para fracasar a la hora en que intentó imponer su sucesor en la Presidencia. Cayó, finalmente, deshonrado con el intento de violar los preceptos políticos de la Constitución que lleva su nombre.

Obregón y Calles, Cárdenas y los que le han seguido, todos han gobernado dictatorialmente. A ello los obliga el texto mismo de una Constitución de origen faccioso.

Posteriormente, la dictadura personal ha degenerado en gobierno de grupos y facciones, partidos y maffias, que nos están conduciendo a un tipo de organización política, semejante a los cacicazgos que preveleían en la época precortesiana.



## EL AVILACAMACHISMO



El término del período presidencial de Cárdenas, coincide con un descontento general cuya causa definió el escritor don Luis Cabrera afirmando que no hay nada peor que un "tonto con iniciativa". Se refería, por supuesto, a las actividades descoyuntadas del "hijo espiritual" de Calles. Consecuencia de esta desorientación general fué que pudieran plasmar esperanzas en torno de una persona como el Gral. Juan Andreu Almazán, que durante tantos años estuvo convertido en cómplice de todos los crímenes de la administración callista, al mismo tiempo que amasaba una fortuna considerable. Ciertamente Almazán era en aquel momento el más General de todo el Ejército, desde el punto de vista de su experiencia y su éxito en los combates, y también por su preparación cultural, muy superior al promedio de los milites revolucionarios.

Desde hacía tiempo, Almazán había estado desarrollando una política de acercamiento personal con Washington y muy especialmente con el Presidente Roosevelt. Almazán conocía por experiencia, la manera como se hacen los Presidentes mexicanos de los últimos tiempos. Sin preocuparse demasiado por ganar la confianza de sus colegas, se dedicó a cortejar, en forma descarada, a los políticos del Norte. El Gobierno cardenista se le adelantó, cumpliendo por anticipado cuanto Washington sugería. Desde fuera del Gobierno, era imposible que Almazán diera más que sus rivales.

Por ser militar de categoría, (en realidad Almazán había salvado del fracaso al propio Calles, cuando la rebelión de los escobaristas), muchos creyeron que podría arrastrar a su favor a numerosos contingentes armados. Se propagó la ilusión

de que por fin el Ejército apoyaría a quien parecía contar con la votación popular.

Los almanistas olvidaron que, si bien su candidato era hombre de capacidad personal notoria, al mismo tiempo su egoísmo calculado y frío, en el momento decisivo, echaría por tierra todas las posibilidades de éxito. Almazán se limitó a pulsar las reacciones de Washington para someter a ellas sus planes. Ni por un momento confió en el pueblo, que aparentaba seguirlo con fervor. Aquel pueblo —Almazán lo recordó— siempre había sido incapaz de salvar a Vasconcelos. Lo que Almazán se propuso fué crear una situación que permitiera a Washington hacerse el desentendido frente a un golpe de audacia. Es esta en verdad la única manera de quitar el poder a un bando que confiesa no importarle el resultado del voto, sino conservar el mando para evitar que triunfe la "reacción". Y la reacción es quien quiera que esté en contra de ellos.

Almazán inició su campaña con rudeza que le ganaba simpatías. De Cárdenas llegó a decir: —Declaraciones del 18 de Noviembre de 1939, aparecidas en todos los diarios de México— "Que era un falso Cincinato. Ni un solo día ha dejado de hacer política, aunque con la torpeza de siempre y la propaganda constante que le facilitan los cien millones del fisco que maneja contra toda Ley, contra toda moral, sin dar cuenta a nadie. Dispone para sus ataques, de tres Generales acusados de asesinatos de mujeres, y de los tres chantajistas más connotados de la prensa nacional".

Una de las primeras víctimas de la campaña almanista, fué el Gral. Zarzosa, que tenía mando en Monterrey y cayó asesinado por otro militar con mando, de toda la confianza de Cárdenas, que más tarde, en premio de su hazaña, recibiría el honor de una candidatura presidencial que al fin traicionaron los propios cardenistas. Finalmente, el duelo político se desarrolló entre los dos generales —Almazán y Avila Camacho—, con la ventaja para Cárdenas de que él y su protegido disponían de todo el poder del Gobierno, el Partido Oficial y la Embajada Americana. Un golpe de audacia pudo haber salvado a Almazán, pero no llegó a darlo; toda su preocupación era ga-

nar prestigio de estadista en los Estados Unidos. Esta indecisión, tan contraria al arrojo que demostró en los años de su actuación militar revolucionaria, se explica no sólo por el peso de la edad, sino principalmente, porque el candidato independiente poseía muchos y muy cuantiosos intereses que proteger. En la zona de Monterrey, por Acapulco y en la capital de la República, eran conocidos sus fincas, edificios y negocios. Por dondequiera que ejerció mando, acumuló propiedades, al igual que sus colegas de la facción callista. El Gobierno, hábilmente, no llegó ni siquiera a cancelarle concesiones de obras públicas que le siguieron rindiendo fuertes ingresos, pese a que acaudillaba la oposición. En su oportunidad se movilizó, como de costumbre, la maquinaria electoral del partido, para dar el triunfo al Gral. Don Manuel Avila Camacho, el candidato de los cardenistas.

Almazán, todavía esperanzado, se dirigió a Washington. Celebró conferencias, hizo promesas; pero, ¿qué podía ofrecer que los otros no estuviesen ya entregando? El Gobierno americano, en vísperas de entrar a la guerra mundial, no veía con buenos ojos una revuelta en México. Entonces, con toda calma y sin mengua alguna de sus cuantiosos caudales, el Gral. Almazán lanzó un Manifiesto repudiando cualquier protesta armada y aceptando la derrota con resignación que sellaba la impotencia de la democracia mexicana.

El nuevo Presidente, Don Manuel Avila Camacho, transformó el ambiente plebeyo que se había creado en el Gobierno del cardenismo. El decoro exterior, si no la moralidad, se impuso en la Administración. El nuevo Presidente habló de construir la unidad nacional en torno a la bandera y al Himno patrio. No era esto mucho, pero era algo después de la prédica y la práctica de la "lucha de clases" que el cardenismo fomentó a pretexto de repartos agrarios. Más aún, contribuyó a calmar los ánimos enardecidos todavía por el reciente conflicto religioso, la declaración que hizo Don Manuel, de que, en lo personal, era creyente. Causó esta declaración, un gran efecto en la ingenuidad de los católicos, que empezaron a promover la reforma del Artículo 3o sobre la enseñanza. Pronto se desilusionó

naron, porque un Jefe de las Logias interpeló al Presidente Avila Camacho y lo interpretó diciendo que "lo que había querido" decir es que era creyente "en los principios de la moral". Sin embargo, la política que imprimió a la Secretaría de Educación, mientras la tuvo a su cargo el Lic. Octavio Véjar Vázquez, fué de tolerancia para todas las creencias y de sincero anhelo de propagar la enseñanza. Uno de los peores males de la Administración anterior —el sindicalismo que convirtió a los maestros en agentes del izquierdismo oficial— comenzó a ser corregido con energía. En distintos órdenes, se intentó poner remedio a la situación anárquica heredada del cardenismo, hasta que el nuevo Jefe Máximo, disgustado porque se traicionaba, dijo, su programa, tomó las medidas que le parecieron oportunas. En primer lugar, echó fuera del Gabinete al Ministro Véjar Vázquez, haciéndolo sustituir por el poeta Don Jaime Torres Bodet, persona desprovista de ideología política, buen burócrata y excelente escritor. En seguida, para corregir el rumbo, se hizo nombrar Ministro de la Guerra. Se vió patente que el Gral. Avila Camacho no deseaba provocar un choque, y el Gobierno se reorganizó de acuerdo con los viejos lineamientos de la demagogia cardenista.

Restablecida su autoridad, el Gral. Cárdenas renunció a la Secretaría de Guerra, y se hizo nombrar Vocal Ejecutivo de un Patronato que con cien millones de pesos al año de subsidio, mantiene a su cargo ciertas obras hidráulicas en la zona del Tepalcatepec, en el sur de Michoacán. Poco tiempo después, un hermano del Gral. Cárdenas fué nombrado Gobernador de Michoacán, con lo que se consolidó un cacicazgo político que lleva más de treinta años usufructuando la región.

**PELEAMOS POR LA DEMOCRACIA**



El acto más trascendental del gobierno de Avila Camacho fué la declaración de guerra contra Alemania. El compromiso de hacerlo formaba parte de los arreglos preelectorales en que ambos candidatos —Almazán y Camacho— compitieron en ofertas destinadas a ganarse las simpatías de Roosevelt. Es natural que vean reducida a cero, su soberanía, pueblos que como el nuestro mantienen gobiernos que no emanan del voto sino de la condescendencia y el favor del extranjero. Pero lo que resultó inaudito, hasta el grado de provocar comentarios regocijados, es el hecho de que México, dominado por un partido, no sólo oficial sino totalitario en sus procedimientos y su intención, de pronto se ostentase ante el mundo como defensor ardiente de la democracia, la libertad y la "dignidad" del hombre, según la frase consagrada de la propaganda imperialista y adoptada entusiastamente por los demagogos locales. Devotos callistas, fieles cardenistas, impecables burócratas de la comparsa de las dictaduras oficiales, comenzaron a fulminar cargos contra los dictadores enemigos de Roosevelt, los Mussolini y los Hitler. De paso, la oratoria oficial, en el estilo gramaticalmente impecable del Ministro de Educación, don Jaime Torres Bodet, adoptó, con fidelidad taquigráfica, la doctrina de la UNESCO, que veda mencionar el nombre de Dios y remite todo afán al ideal neo-humanista de: "El hombre". "El hombre, medida de todas las cosas", concibió con tristeza Gorgias; pero ahora, las mentalidades acuñadas en el neo-paganismo en el palacio donado por Rockefeller, tienen al hombre de ídolo y meta. Sin perjuicio de colaborar con el sovietismo, que hace del hombre víctima y esclavo.

De paso, los enemigos del régimen, fueron colocados según las nuevas fórmulas, en la categoría de "nazi-fascistas"; entre ellos, muchos que persistentemente condenaron las dictaduras nativas y que de la noche a la mañana, se vieron acusados de enemigos de la libertad, por los mismos que nunca levantaron una voz de protesta contra los crímenes de las dictaduras nativas. Lo oposición, tildada de "nazi-fascista", siguió privada de todo derecho, en tanto que en nombre de la libertad se seguían enriqueciendo los más disciplinados servidores de los regímenes emanados del fraude electoral.

Entre nosotros, los que están en el poder encuentran cómodo contar con un grupo sobre el cual pueden acumular sus denuestos, lo que parece darles relativa tranquilidad de conciencia, a la vez que a sus víctimas las mantienen en la más cabal impotencia cívica. También aquel que no manifestaba ruidosa admiración a Mr. Roosevelt y a Mr. Churchill, se convertía en sospechoso y en candidato a la pena de la muerte cívica. En cambio, injuriar a Hitler y la Alemania de los arios, daba patente de persona culta, con tal de que se hiciesen las debidas excepciones a favor de Heine, el poeta alemán-israelita, y de Goethe, el gran sabio masón. La prensa, subordinada toda al anuncio pagado por las agencias publicitarias de Nueva York, en un momento se sintió animada de religiosa indignación contra los atropellos del nazismo. La radio y el cine, todos los eficaces instrumentos modernos de propaganda, fueron captados por intereses extranjeros que en seguida los pusieron a tono con el dictado del Washington perteneciente al trust de cerebros de la época rooseveltiana.

Así y todo, la guerra seguía siendo impopular; lo era especialmente dentro del Ejército. Un resto de pudor hacía que la gente recordase que Alemania nunca nos había inferido agravio alguno. La habilísima propaganda anglosajona, se puso entonces a inventar agravios. Cuando en Estados Unidos, hace menos de un siglo, el pueblo se oponía a la guerra contra España, con el pretexto de libertar a Cuba, los intereses empeñados en sustituir a la Península en el dominio de la Isla, inventaron la patraña de que los españoles habían hecho explotar un viejo

barco de guerra yanqui, que previamente se había dejado en abandono frente al Castillo del Morro, en La Habana. Una explosión misteriosa reventó el viejo casco y a los pocos días se desató la guerra, que dió por resultado la enmienda Plat, que fué tan eficaz para reducir en Cuba la influencia española, en beneficio de los inversionistas norteamericanos. Entre nosotros, el "Maine" se llamó "Potrero del Llano", un barco petrolero de segunda que navegaba con bandera nacional y fué hundido en el Golfo con previo rescate de toda la marinería, sin exceptuar al gato que la hacía de mascota. El hundimiento suministró la exigencia del "casus bellic", al ser atribuido lo del hundimiento a los submarinos alemanes que se suponía infestaban el Golfo.

Las represalias de nuestro Gobierno fueron inmediatas y decisivas. Se declaró la guerra a Alemania. Las bases aéreas del trayecto Estados Unidos-Panamá, quedaron bajo la responsabilidad de aviadores norteamericanos disfrazados de empleados de las compañías de aviación. Los cuantiosos intereses de la colonia alemana, fueron intervenidos; antiguos residentes, junto con las tripulaciones de todos los barcos alemanes zurtos en nuestros puertos, padecieron encarcelamiento. Una denuncia o una sospecha, podían provocar la ruina de súbditos germanos avecindados años atrás en el país, y en muchos casos, casados con mexicanas. Y no fué raro el caso de que las aprehensiones fuesen seguidas de órdenes de expulsión del país, que de hecho ponían a las víctimas de ellas, en manos de la policía de Norteamérica.

No se nos exigió, es verdad, un contingente de sangre, pero tampoco tenía objeto cuando la causa aliada tenía carne de cañón de sobra entre la población rusa más inmediata a la línea de fuego.

En medio de tan doloroso panorama, hay un aspecto que conviene hacer resaltar. Y es que, afortunadamente, también le declaramos la guerra al Japón, y muchos mexicanos prestaron colaboración militar para aquella remota campaña. Y no es que tuviésemos cargo concreto en contra de la política imperial japonesa. Pero era evidente que las pretensiones expan-

sionistas de los militares que por entonces dirigían el agresivo "Imperio amarillo", no se hubieran detenido ante nuestras costas del Pacífico, si no hubiese sido por el resguardo indirecto que nos daba la Marina de Norteamérica. La suerte de Filipinas, castigada por la invasión nipona, pudo muy bien ser la nuestra, de no mediar el poderío de la gran nación del Norte. Esto explica el entusiasmo popular con que fué vista la intervención de un escuadrón de guerra del Cuerpo Aéreo Mexicano, que se batió en Oceanía al lado de los pilotos yanquis. Al mismo tiempo, resulta de justicia mencionar el contingente armado que prestaron al Ejército norteamericano, especialmente al cuerpo del Ejército de MacArthur, los millares de mexicanos residentes en el sur de los Estados Unidos, junto con otros muchos hermanos de raza ya nacionalizados como ciudadanos de Norteamérica. La circunstancia de que el mexicano supo cumplir con honra esta misión que le impuso el destino, está comprobada con el número crecido de condecoraciones de guerra que supieron ganar los nuestros.

Para nosotros, la participación reducida que tomamos en aquella guerra, fué un episodio de efectos morales apreciables. Para los Estados Unidos habíamos sido un "vecino resentido", justamente resentido, pero al fin un extraño. Después de la guerra, la pasajera calidad de aliados cambió radicalmente la actitud del americano medio hacia nosotros. Se nos convirtió en "buenos vecinos", pese al dicho de un ironista nuestro, que corrigió: "Ellos son los "vecinos" y nosotros somos los "buenos". De todos modos, es innegable que el trato internacional ha mejorado.

Desgraciadamente, nuestra economía nacional no recibió beneficio alguno con nuestra participación en la guerra. Los intereses de los alemanes defraudados por interventores poco escrupulosos, pasaron en su mayoría a manos de firmas y capitales de Norteamérica; en general, los intereses europeos, particularmente los españoles, sufrieron mengua a costa de un nuevo grupo capitalista procedente del Norte. Núcleo de esta invasión de intereses, fué el grupo israelita favorecido por Mr. Roosevelt con los famosos permisos de exportación llamados

“prioridades”, que durante el tiempo de la guerra succionaron nuestro comercio y lograron crear raíces en el mismo, pero sin beneficio alguno para la economía nacional.

### *CONCLUSION DEL PERIODO AVILACAMACHISTA*

El problema para los Estados Unidos, al terminar el período del Gral. Avila Camacho, era muy sencillo: necesitaban un amigo de fiar, en la Presidencia de México; uno que hubiese demostrado, con hechos, su decisión de colaborar en la acción internacional de Washington convertido en primera potencia mundial. Al efecto, había dos posibilidades bien definidas. El personaje del avilacamachismo más identificado con la política de Mr. Roosevelt, lo era, sin duda, el Lic. Ezequiel Padilla. El propio Stetinius, Ministro de Relaciones de Roosevelt, le había dado públicamente, en la Convención de California, su espaldarazo como futuro Presidente de México. Pero esta misma notoriedad en su adhesión a Mr. Roosevelt, provocó desconfianza aun dentro de las filas oficiales. Los estadistas yanquis son lo suficientemente hábiles para evitar posturas descaradas. Ni era necesario hacerlo. A mano tenían al Lic. Miguel Alemán, Secretario de Gobernación de Avila Camacho, que sin escandalo y más bien discretamente, había estado colaborando con la Policía Internacional Norteamericana, a efecto de capturar y entregar a los alemanes residentes en México pero requeridos por el Servicio Norteamericano de Espionaje. Se trataba, pues, de amigo probado y además, su elección no podría ser atribuida a una influencia norteamericana directa.

Para México, al fin y al cabo, fué un alivio librarse de Padilla, sujeto profundamente odiado, primero porque al igual que su socio y colega Portes Gil, había sido enemigo del maderismo y colaborador de Victoriano Huerta, y segundo, porque se distinguió como Fiscal en el tormento aplicado a León Toral, y más tarde como consejero notorio del Gral. Calles en la re-

forma pedagógica llamada del Artículo 3o., que impone la educación atea en las escuelas.

Para la Revolución, es una ironía que un ex-huertista, Portes Gil, haya sido Presidente Provisional, y otro, Ezequiel Padilla, candidato a la Presidencia.

## LOS PARTIDOS POLITICOS



De acuerdo con la política de simulación que en los últimos tiempos ha prevalecido en todos los órdenes sociales, también en nuestra política apareció el intento de crear partidos de membrete "independiente".

Dos de ellos han perdurado en forma más o menos lamentable. El primero se llama así mismo, el "Sinarquista", aunque nadie ha podido descifrar lo que ese nombre significa. Desde un principio, sin embargo, los sinarquistas revelan una gran potencia popular, especialmente entre el campesinado de la República. Se asegura que para lograrla han contado con el consejo de párrocos y sacerdotes humildes del clero católico. Desde el principio, lograron presentar en las capitales de los Estados, especialmente por el Bajío, Jalisco, Michoacán e Hidalgo, multitudes organizadas, que en silencioso desfile rendían culto a la enseña patria, a la Virgen de Guadalupe y a los principios del orden cristiano, de acuerdo con un ideario que es trasunto del Socialismo Cristiano europeo. Este movimiento conmovió profundamente a las capas más sinceras de la población y hubiera tenido un alcance incalculable si no fuese porque estuvo mal orientado desde arriba. Se empeñaron, sus dirigentes, primero en mantenerse ocultos, poniendo delante figuras honestas y apreciables pero de poco arrastre popular, y segundo porque en su predicación pusieron énfasis en la necesidad de mantener la paz. Algunos pretendieron mantener al partido alejado de la política, alegando que no querían el poder sino sólo educar al pueblo para la democracia, y olvidando, por supuesto, que un partido que no se pone como meta la conquista del poder, podrá ser una cofradía religiosa, pero no un factor de acción política;

podrá engendrar mártires, pero no líderes sociales, jefes de Gobierno. En efecto, cada vez que los sinarquistas han intentado poner en práctica sus doctrinas, el partido oficial les ha salido al frente, castigándolos con las represiones más desleales y violentas.

Por todo el país, el sinarquismo ha producido mártires, pero no como los de la fe, que son semilla de fieles, sino víctimas de una política equivocada, ya que los ciudadanos, al ejercer sus derechos cívicos, deben prepararse para la acción triunfante, no para la conformidad y el sacrificio estéril. Episodio típico de la lucha de los sinarquistas fué la matanza de León, ocurrida a mediados de la Administración de Avila Camacho. Todo el Bajío se había vuelto sinarquista. Con motivo de las elecciones para Alcalde de León, los dirigentes sinarquistas postularon un candidato de reconocida honorabilidad y competencia. Por un momento pareció que nada podría evitar su triunfo. La población unánimemente lo aclamaba. De todas las regiones del Estado, acudieron contingentes populares, a efecto de realizar una manifestación magna el domingo anterior a las elecciones. La plaza central de la ciudad de León, se llenó de visitantes campesinos y populares. Los vecinos todos, decoraron las fachadas de sus casas. Las músicas populares animaron el ambiente; pero, en el Ayuntamiento había una escolta. Algún grito, alguna provocación de la muchedumbre envalentonada por el número, dió el pretexto. La escolta, desde los balcones, ametralló al pueblo. Ante la sorpresa de los disparos, la multitud comenzó a dispersarse, pisoteando a sus propios muertos y heridos. Era el momento que esperaban los de la guarnición de la plaza, que inmediatamente lanzaron contingentes armados para que balacearan a la muchedumbre por la retaguardia. En seguida se puso a la ciudad en estado de sitio y nunca se supo el número exacto de las bajas. El sinarquismo fué acusado de subversión y los jefes que dirigieron el asalto contra la multitud, fueron ascendidos.

Desde entonces, el sinarquismo se ha limitado a dar conferencias y a renovar sus protestas de imperturbable civilismo pacífico.

Posteriormente se les acusó de desacato a la memoria de Juárez, y con este pretexto se les canceló la autorización oficial para funcionar como partido.

El partido "Acción Nacional" —el PAN—, ha tenido una vida más perdurable y más apagada. No cuenta en sus fastos, ni siquiera con un motín que haya producido heridos leves; se ha mantenido más bien en las capas altas de la sociedad. Su sostenimiento parece depender de la protección a los grandes negocios del país, y sus dirigentes son personas cultas y honorables, como el Lic. Gómez Morín; pero se les debe acusar de practicar la componenda. Algunos jefes de la oposición o de lo que fué la oposición, ante los notorios atropellos electorales del partido oficial, han recomendado, desde los años de 35 a la fecha, la abstención en las elecciones presidenciales. El partido de Acción Nacional adoptó el criterio inverso. "Es necesario actuar", se dijo, y actuó presentando a sus escasos miembros en las urnas, tan sólo para que dieran fe de los atropellos y fraudes de la Administración. La presencia de los delegados panistas, fué sin embargo aprovechada astutamente por la Administración, para dar barniz de legalidad a los comicios. En pago de ese servicio, periódicamente se han concedido hasta media docena de plazas, en la Cámara de Diputados, a los representantes del PAN.

"Al paso que vamos, decía uno de ellos, ni en todo un siglo conquistaremos la mayoría en el Parlamento".

El partido oficial —el PRI—, compuesto de los militares, los Gobernadores, los Presidentes y ex-Presidentes, los Generales, los caciques y autoridades de todo género, tiene en sus manos la riqueza toda del país y se cree llamado a regir sus destinos, por los siglos de los siglos. "En pro de un México mejor", es el lema que han adoptado, haciéndose eco de la jerga marxista. Bajo la férula totalitaria del PRI el país no cuenta siquiera con un Alcalde que no pertenezca al partido oficial.



## I N D I C E

ADVERTENCIA DE ESTA EDICIÓN .....	9
PRÓLOGO .....	15
EL DESCUBRIMIENTO .....	29
DESCUBRIMIENTO DE MÉXICO .....	39
EL MÉXICO PRECORTESIANO .....	141
SOBRE LA PROCEDENCIA DE LAS RAZAS AMERICANAS .....	161
LA COLONIA .....	167
EL SIGLO DIECISIETE .....	195
EL SIGLO DIECIOCHO .....	203
NUESTRA EXPANSIÓN DURANTE LA COLONIA .....	211
EL REINADO DE CARLOS TERCERO .....	219
LA INDEPENDENCIA .....	235
LA GUERRA DE INDEPENDENCIA .....	269
ITURBIDE .....	289
HISPANISMO Y MONROÍSMO .....	303
DON LUCAS ALAMÁN .....	315
SANTA ANNA .....	325
LA GUERRA DE TRES AÑOS .....	359
EL IMPERIO .....	377
LA REFORMA .....	385
PORFIRIO DÍAZ .....	407
FRANCISCO MADERO .....	423
LA REVOLUCIÓN CONSTITUCIONALISTA .....	443
EL CARRANCISMO .....	451

EL INTERINATO DE ADOLFO DE LA HUERTA .....	469
ALVARO OBREGÓN .....	473
EL PELELISMO .....	505
PLUTARCO ELÍAS CALLES .....	483
DE LA PRESIDENCIA DE RODRÍGUEZ .....	511
EL CARDENISMO .....	517
EL CISMA PERMANENTE .....	529
LA DICTADURA PERSONAL COMO SISTEMA .....	543
EL AVILACAMACHISMO .....	549
PELEAMOS POR LA DEMOCRACIA .....	555
LOS PARTIDOS POLÍTICOS .....	563













**ESTA IMPRESION DE 2.000 EJEMPLARES  
SE TERMINO EN MARZO DE 1978, EN  
LOS TALLERES DE LA CIA. EDITORIAL  
CONTINENTAL, S. A. MEXICO**





UNIVERSAL  
LIBRARY



104 179

UNIVERSAL  
LIBRARY